

R.43978

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

1^ª Serie

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.



Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.

DISCURSO

DEL ILMO. SR. D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

DISCIPULO

DEL ILMO. SR. D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

SEÑORES: Aun no hace un año que desde este sitio, y en ocasión idéntica á la que hoy en él congrega á la Real Academia Española, consideraba uno de vosotros como *embarazoso y arduo el empeño de justificaros*, por haberle permitido penetrar en el santuario donde se custodia y acrecienta el riquísimo tesoro de la lengua patria. Si en tan modesta actitud compareció por la vez primera ante este elevado Cuerpo el hombre docto, infatigable, que, despues de haber henchido sus luminosos tratados de Higiene con la mejor doctrina para la conservacion de la salud del individuo, en sus varios estados; de los pueblos, en su complicada existencia colectiva; y del alma, en sus misteriosos vuelos y afecciones, ha conducido desde la grave y elocuente cátedra la razon de la juventud estudiosa por las sendas de la antropología psicológica á las profundidades del *Nosce te ipsum*, ¿cuál debería yo tomar al presentarme ante vosotros sin más títulos que los de unas cuantas docenas de obras fugitivas, poco meditadas unas, escritas sin el consejo de la experiencia otras, todas desaliñadas, todas incorrectas?

Comprendo que deberán hallarse fatigados ya vuestros oidos de escuchar el poco variable tema con que los académicos elec-

los se esfuerzan en oscurecer sus propios merecimientos, impulsados por el laudable propósito, sin duda, de que brille en toda su plenitud la benevolencia del voto con que los habeis favorecido: conozco lo mucho que de estéril tiene una fórmula tan admitida como exhausta de originalidad, pero si bien, en mi opinion, pudieron prescindir de su uso cuantos me han precedido en el goce de la señalada honra que hoy se me dispensa, apoyados en la notoriedad del derecho con que la conseguian, yo, si me desentendiera de ella, podría justamente ser notado de abrigar una presuncion jactanciosa, que se hallan muy distantes de acoger ni mi corazon ni mi pobre entendimiento.

Considerad, Señores, y encontrareis ampliamente justificado cuanto acabo de indicar, que siendo niño, muy niño todavía, cuando aspiraba el perfumado ambiente del *Sacro-Monte* y de los *Cármenes de la Alhambra*, recibí la primera impresion escénica asistiendo á las representaciones de esa obra de todos los siglos, porque ella es el fiél trasunto de los dolores de la humanidad; de esa obra gigantesca, elaborada en la mente de *Sóphocles*, prohijada por tantos hombres notables de la Europa occidental, y por último, enriquecida y con superior habilidad engastada en nuestra literatura, por el ilustre prócer que dió vida á *Rugiero* y á *Láura Morosini*: observad que cuando, más adelante, saludaba los albores de la adolescencia, provocaron mi admiracion las ejemplares producciones del príncipe de nuestros poetas cómicos modernos: que he contemplado por primera vez al genio en las fatales desventuras del *P. Rafael*: que me han encaminado á las fuentes del sentimiento y de lo bello los intensos, purísimos amores de *Isabel de Segura* y el sin par *Diego Marsilla*: notad que, decidida ya mi vocacion, me han fortalecido y acompañado en mi larga peregrinacion dramática, entre otros imperecederos personajes, el severo *defensor de Tarifa* y el receloso *ex-amante de Rosita*, y comprenderéis sin es-

fuerzo lo grandes que serán hoy mi embarazo y confusión al encontrar aquí reunidos á los claros autores de *Edipo* y de *Á Madrid me vuelvo*, de *D. Alvaro* y *Los Amantes de Teruel*, de *Guzmán el Bueno* y *El Hombre de mundo* (modelos unos que han evocado mi inspiración en la niñez, joyas literarias otros que en noble emulación han despertado mi entusiasmo), y que finalmente va á serme lícito llamar compañeros, por más que siempre me honraran como maestros, ya al esclarecido poeta, ya al hombre encanecido en el cultivo y enseñanza de las ciencias, ora al historiador concienzudo, ora al crítico eminente, y hasta al erudito, al donoso afluente orador gaditano que, en su procelosa vida pública, ha recorrido con igual fortuna y brillantéz las más seductoras fases de la elocuencia castellana.

Si apreciáis en todo su valor el religioso respeto que infunden las primeras impresiones de aquello que habla vivamente al corazón y á la razón del hombre; de aquello que éste, en su conciencia, considera como superior á sus fuerzas intelectuales, no os admirará la turbación que experimento al acercarme á vosotros, ni tampoco la timidez con que fijo mi planta sobre la huella del hombre que tan honda la ha dejado en el amplísimo campo de las letras, y en los anales del infortunio, del sufrimiento y de la cristiana resignación.—Ya habréis comprendido que aludo á vuestro malogrado compañero, y respetable antecesor mío, *D. Rafael María Baralt*. Y al pronunciar este nombre inclino mi cabeza ante la sombra del que rayó tan alto por su saber como por sus desgracias, para rendir, como sinceramente rindo, á su buena memoria el homenaje de mi reverente admiración, y acompañar en su duelo á la poesía, á la historia, al derecho público y á la ciencia filológica, que en él lamentan con justicia la prematura desaparición de uno de sus más ilustres hijos. ¡Pasmosa brevedad la del camino que recorre el ser inteligente! Aquel hombre, que en su modesta vida pre-

sentó numerosas pruebas de que poseía la instrucción, la flexibilidad de estilo y perseverancia bastantes para haber llegado á ser un gran filósofo, apénas tuvo tiempo para dejar consignada su aptitud en el registro de los hombres eminentes. Por eso, y con ser muy notable cuanto dió á luz su entendimiento, es, en mi opinion, la memoria del Sr. Baralt dignísima del aprecio público, más que por lo que demostró, por lo que pudo haber demostrado; más que por los sazonados frutos que nos permitió saborear, por los que quedaron en su imaginacion en un estado embrionario, y, sobre todo, por haber acometido, con la ayuda de hombres doctos, la obra magistral que, en el seno de esta Corporacion hace más de sesenta años, tuvo por precursor al insigne humanista, al tierno amigo del gran *Quintana*, al inolvidable autor de *Idomeneo* y *La Condesa de Castilla*.

¡ Cienfuegos! *Quintana*! Estos gloriosos nombres, que in-deliberadamente he citado, vuelven á traer á mi memoria lo insignificante del mio; á recordarme la imponente solemnidad de este acto, y el deber en que estoy de legitimar de alguna manera la inscripcion de mi nombre en el catálogo donde brillan tantos nombres inmortales. Empresa es que acometeria, siempre con la tibia fe que acompaña las empresas de éxito negativo, si no tuviera tan presente, como he dicho al empezar, las palabras pronunciadas hace un año en este sitio por el Señor Dr. Monlau. No os maraville que con tanta firmeza las conserve en mi memoria. Las escuché en la recepcion académica que precedió al voto con que me habeis honrado, y ellas me hicieron comprender la excelsitud jerárquica de esta Corporacion, ante la cual los hombres más distinguidos dudan de su propia valía para pertenecer á ella dignamente. Así os ha sucedido á todos, y así lo consideró tambien aquel aventajado hijo de las ciencias. Por tanto, la justificacion que para unos ha sido *difícil*, y para otros *embarazosa y ardua*, para mí debo

tenerla por imposible; y convencido de esta verdad, desisto de llevar adelante un empeño, que quedaria siempre ilusorio, fiándolo todo á vuestra indulgencia y á la del ilustrado concurso que orna este recinto.

Sin embargo, no como escrito de justificacion, sino como un recuerdo cariñoso, como un testimonio de respetuosa gratitud, voy á permitirme decir algunas palabras acerca de las excelencias, importancia y estado presente de una institucion tan antigua como fecunda, en cuyo servicio se ha gastado mi juventud, y á la que, durante ésta, he debido grandes satisfacciones, y abundante cosecha de pesares. Me refiero á la institucion del teatro; á esa institucion cuyo origen se esconde en la noche de los siglos, combatida por la preocupacion hasta el fanatismo, ensalzada por la pasion hasta la apoteosis; modesta, pura, espiritual y civilizadora con frecuencia: no, felizmente, con tanta, procaz, desenfrenada y disolvente; pero siempre dispensadora de glorias, agitadora del ánimo, rico venero de emociones, inagotable raudal de pensamientos, fuente de sentencias, y la mejor conservadora de los tonos, giros y modismos del lenguaje, carácter, usos y costumbres de los pueblos.

Esa institucion, bien lo sabeis, porque en su dilatada esfera casi todos habeis ceñido honrosísimos laureles, puede asegurarse que no participa de la naturaleza mortal que prepondera en las humanas instituciones. Desde que el pensamiento dió impulso á la mano del hombre para que dejara consignados, en la historia escrita y en la historia monumental, los hechos de las edades que fueron, se ve arrancar la existencia del teatro, unida á la existencia universal, y caminar, uno en su esencia, múltiple en su forma, delante de la civilizacion de todas las naciones. Se le ve asomar en los primitivos poemas de la India: recorrer las opulentas ciudades del Asia: acompañar en su peregrinacion

al *pueblo escogido*: concurrir con el hijo de David á la ereccion del monumento que inmortaliza su memoria: vigorizarse en la Grecia gentilica: trasladarse á la patria de los Césares: extenderse más adelante por Europa, y crecer en ella á la sombra de los templos levantados por el poderoso aliento del cristianismo.

Esta majestuosa marcha; este veloz desarrollo de una institucion secular, acogida hasta con delirio en todas las épocas; engranada entre los afectos de las nacionalidades que ha recorrido, patentizan que el teatro lleva en sí el gérmen de algo más que el recreo y el pasatiempo; que su objeto no es simplemente el de distraer los espíritus perezosos ó preocupados. Si su existencia no se apoyara en una base de mayor solidez, el teatro habria sucumbido como tantas instituciones que ha visto sucumbir: instituciones que parecian dotadas de gran robustez y larga vida: se habria hundido como tantos imperios, como tantas sociedades, cuyas lindes, cuyos nombres, ó han quedado oscurecidos, ó la mano del tiempo los ha borrado para siempre. Pero no ha sucedido así. El teatro, en medio del estrago que la accion de los siglos y el tumulto de las pasiones han llevado por el mundo, se ha mantenido apoyado en las fuerzas que le presta su propia vitalidad: ha luchado contra el torrente de las preocupaciones: ha soportado impasible los tormentos á que llegó á sujetarlo el fanatismo, y ha seguido, y sigue y seguirá su marcha triunfante á través de todos los obstáculos, porque el teatro es uno de los grandes elementos que determinan é impulsan la continuidad de siglo en siglo de la humana inteligencia.

Reconocida, porque no puede ménos de reconocerse, la excelencia del teatro como institucion primitiva, como institucion fuerte y poseedora de uno de los más preciosos talismanes que aseguran la inmortalidad en la tierra, la demostracion de su

importancia es consecuencia legítima de las altas dotes que se reconocen á su origen. ¿Cómo no ha de ser importante una institucion á la que nutre la poesía y sirven las bellas artes unidas por un lazo fraternal ¡la poesía y las bellas artes! ó lo que es lo mismo, la esencia del pensamiento en su manifestacion más pura y más bella? ¿Cómo no ha de ser importante una institucion que asimila los séres más inteligentes del universo, de tal manera que le han tributado culto lo mismo el patricio que el esclavo, el príncipe que el súbdito, el sacerdote que el seglar, ó, lo que es idéntico, las organizaciones superiores y extraordinarias, que no solamente ven donde ven pocos, que leen y sienten con aquello de que los demás no se dan cuenta, sino que poseen los afectos, la abnegacion, la sávia intelectual bastantes para hacer ver, leer y sentir á sus conciudadanos?

Para acabar de persuadirse de la alta importancia del teatro, hay suficiente con entrar por un momento en el exámen de las consecuencias que se deducen de esta sencillísima tésis. — «¿Qué habrá permanecido sin alteracion, de cuanto hoy existe, dentro de dos siglos?» — Las generaciones se habrán ido sucediendo: las instituciones humanas, al impulso de las nuevas costumbres, de las nuevas necesidades, acaso habrán cambiado de ser: nuevas leyes administrativas considerarán como caducas las que hoy rigen al Estado: el árido despoblado, tal vez se habrá convertido en residencia amena y bulliciosa: la villa, en suntuosa ciudad, la ciudad, en aldea, la ermita, en fábrica, el cementerio, en circo; y allí donde hoy rompe el arado trabajosamente la tierra seca y calcinada, es posible que cruce la veloz locomotora ó el fecundo canal cubierto de bajeles. Todo, verisísimamente para entónces, habrá experimentado cambios radicales, hasta las líneas del mapa en que se extienden ambos hemisferios: todo habrá sido objeto de trasformaciones, más ó menos sensi-

bles, á excepcion de *El Sí de las niñas*, *Indulgencia para todos*, *Los Celos infundados*, *Marcela*, *Coquetismo y Presuncion*, *La Jura en Santa Gadea*, *La Espada de un caballero*, *Don Trifon*, *Simon Bocanegra*, *El Desengaño en un sueño*, *Cada cual con su razon*, *Don Fernando el de Antequera*, *Las Travesuras de Juana*, *El Amante universal*, *Antonio de Leyva*, *El Tejado de vidrio*, *La Locura de amor*, *Achaques de la vejez*, *El Patriarca del Turia*, *Don Tomás*, *Flor de un dia*, *La Senda de espinas*, *La Oracion de la tarde*, *El Cura de aldea* y otras muchas, que permanecerán como las vemos para servir de claros fanales que señalen en la cadena de los siglos el eslabon que representa al agitado siglo XIX. Todo lo puramente humano habrá sufrido para entónces alteraciones en la esencia ó en la forma, ménos estos monumentos erigidos á las letras por la fuerza creadora de nuestros ingenios, y á ellos será preciso que acudan los eruditos del siglo XXI, cuando deseen conocer y avalorar la manera de sentir en nuestros dias: nuestra conciencia, cuando hacemos uso de la historia: nuestra cultura, nuestro lenguaje, ora escogido, ora apasionado, ora vulgar, y hasta los grados de la moral pública en la severidad ó benevolencia con que se censuren, toleren ó disculpen los vicios, las deformidades y la corrupcion de la sociedad en que vivimos. Ante estos monumentos se detendrán, como hoy nos detenemos y descubrimos en presencia de los que se levantaron en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, desde las *Eglogas* de JUAN DE LA ENCINA hasta *El Delincuente honrado* de JOVELLANOS, como ellos á su vez, y nosotros en pos de ellos, nos hemos acercado á los que áun se conservan pertenecientes á la antigüedad latina y griega, para estudiar con profunda atencion la clásica, elegante sencillez de la frase y del asunto, en las obras maestras de Séneca y de Pollion, de Pláuto y de Terencio; la magnificencia del coturno, en las sublimes creaciones de Eschilo, Sóphocles y

Eurípides; y la libre mordacidad, la cáustica intencion política y social de la *carátula*, en las farsas de *Eupolis*, *Cratino* y *Aristófanes*.

Este singularísimo privilegio de longevidad que disfruta el teatro, con relacion á lo que existe, no es un don pegadizo abortado por la mente febril de los poetas; no es una exageracion del entusiasmo y gratitud de sus adeptos; es un privilegio verdadero fundado en hechos incontestables, en numerosas pruebas tangibles, que, al paso que demuestran la respetable autoridad de su abolengo, llaman la atencion de los hombres pensadores hácia los colosales recursos que posee, tanto en el orden moral como en el orden económico.

En el orden moral es, al descubrir su portentosa escena ante la espectacion pública, no sólo, como la historia, el espejo de las edades que pasaron, sino tambien el espejo de la edad que va pasando. Patrimonio del teatro son la sociedad y el individuo en todas sus clases, en todos sus estados, con todas sus virtudes, sus sentimientos, sus pasiones y flaquezas. En su limpio cristal, proyectados por la musa dramática, se reflejan los errores del hombre, los extravíos del entendimiento, la relajacion de las costumbres, los caracteres sencillos, afectuosos, duros é incorruptibles, ensalzados ó combatidos con las armas que suministra la ciencia de los deberes; y evocados del fondo de los sepulcros, tornan á la vida y comparecen en él los héroes, los patriarcas, los hombres ejemplares, dignos de ser reverenciados é imitados; porque la inspiracion dramática, como destello de la divina inteligencia, se acerca tambien á las tumbas y dice al que en ellas duerme el sueño de la eternidad..... ¡LEVÁNTATE Y ANDA! La no interrumpida magnética corriente que existe entre la escena y el espectador, nacida de la comunidad de intereses que en la última se ventilan, atrae, conmueve y enseña al auditorio, sin que éste lo advierta, sin que lo pue-

da evitar, sin abrumar su entendimiento; y aunque el teatro no dispensara en el órden moral más beneficios que los de congregar al público alejándolo de otros espectáculos que enervan su fuerza y le embrutecen: brindarle con un lícito solaz que le indemniza de sus diarias tareas: instruirle con ejemplos prácticos de fácil y agradable percepción, siempre sería un agente civilizador eficacísimo, tanto más poderoso, cuanto ménos, en el concepto de muchos, lo parece.

He dicho que en el órden económico revela también el teatro la extensión de su importancia, y, en efecto, es portentosa la suma de capitales que en el trascurso de los siglos ha puesto el teatro en movimiento. Imposible sería, ni aún al cálculo aproximado, la averiguación de la cifra de lo que los pueblos y los gobiernos de todas las épocas han destinado al sostenimiento y decoroso brillo de los espectáculos teatrales. Jamás contribución ninguna ha sido satisfecha con mayor largueza y espontaneidad, ni su inversión ha comprendido un número de objetos más interesantes ni más dignos de apoyo y protección. Ella ha subvenido, aunque no siempre con igual esplendidez, á las necesidades del escritor y á las de su intérprete en la escena: ha conllevado en las cargas generales del Estado la parte que le ha correspondido: ha dado abrigo á las bellas artes, que tan noblemente contribuyen al ornato y atractivo del coliseo: ha mantenido las artes liberales y pequeñas industrias que viven á su sombra, y finalmente, ella, para exaltación de la fe y caridad españolas, ha consagrado su porción más crecida y saneada á nuestros asilos benéficos, á las casas de corrección y al fomento de las misiones encargadas de acercar á las fuentes de eterna bienandanza, con que brinda la espiritual doctrina del Crucificado, á los errantes hijos de Jacob y á los bárbaros sectarios de Mahoma.

Se ve, pues, que el teatro, además del respeto que merece,

como todo aquello que resiste sin gastarse á la rueda voladora de los años, lleva tambien en su fecundo seno un manantial inagotable de ideas para solaz del espíritu, y de bienes positivos para el sustento y atenciones de la vida material.

Y aquí, aunque de pasada, creo que no sería enteramente fuera de ocasion el apuntar algunas breves observaciones acerca de una cuestion harto debatida, en la que escritores muy competentes no han logrado todavía ponerse de acuerdo, y respecto de la cual tampoco abrigo la loca pretension de pronunciar, como ahora se dice, *la última palabra*.

Autoridades literarias sostienen que es el teatro *escuela de costumbres*, y autoridades literarias tambien, afirman que el teatro es solamente *reflejo* de aquellas. Ambas opiniones son, en la mia, demasiado absolutas para que puedan admitirse como exactas, si bien relativamente las dos pueden componer una verdad muy lisonjera en honor de los atributos del teatro. En mi concepto, éste no es una cosa ú otra, sino las dos á la vez; y de tal manera, que tanto más dignamente cumple con su elevado ministerio, cuanto con mayor intensidad brilla su luz, y más vivos son los resplandores que de esta luz irradian. Es el teatro *escuela de costumbres*, cuando dogmatiza: es el *reflejo* de éstas, siempre que retrata; y como no existe entre ambas facultades incompatibilidad ni antagonismo, ni hay obra de autor (que merezca y lleve con honra este nombre) que no tenga por objeto alguna enseñanza útil, para cuya demostracion no sea necesario valerse de los usos, formas y lenguaje de la época en que se escribe, resulta que el teatro, bien entendido, es, y forzosamente debe serlo, *escuela*, por las lecciones que se dan en él, y *reflejo* de costumbres, por el retrato que de ellas hace; ó, lo que es igual, un maravilloso compuesto de verdad y ficcion, de luz y sombra, de idealismo y realismo, que viene á formar un todo simpático por lo natural, cumplido y armonioso.

Hé aquí lo que debe ser el teatro, y lo que el teatro es en efecto. Recordad si no *La Vida es sueño*, *El Condenado por desconfiado*, *Escarmientos para el cuerdo*, *El Rico-hombre de Alcalá*, *El Viejo y la Niña*, *Muérete y verás*..... Estas obras dramáticas, citadas al acaso, como en copioso número podrian citarse otras, pertenecen á distintos géneros literarios, no han sido escritas en una misma época, son distintos sus autores, todos incluso el que vive aún para honor de las letras y alegría de sus amigos, han ocupado diversas posiciones en la sociedad, en la que tambien se distinguieron por la variedad de sus hábitos y gustos; y, sin embargo, todas concurren y coinciden en un objeto comun: el de enseñar y retratar. En todas hay leccion, y leccion de profunda filosofía: en todas hay reflejo, porque hay dibujo de costumbres. Una, al paso que descubre el insondable abismo adonde en su desenfreno se precipitan las pasiones humanas, demuestra lo deleznable, pasajero y fútil de la vida, cuando en ella se desconocen los eternos principios de la equidad y la justicia: otra, avisa á las almas débiles, á los seres egoistas, que no bastan para alcanzar el perdon de sus culpas las oraciones superficiales, el cilicio, la maceracion ni el ejercicio material de todas las prácticas del dogma, si el pensamiento no se eleva á las regiones de lo inmortal, si el corazon no está dispuesto á consolar al afligido, la mano pronta á socorrer al menesteroso, y rebosando el ánimo de fe, de inmensa confianza en las misericordias del Altísimo: ésta, persuade del misterioso poder de la Providencia, que no deja impunes en la tierra el abuso ni los crímenes, interin llega el tremendo dia del juicio universal: aquella reprende la soberbia en el poderoso, á quien castiga y humilla, arrojándolo á los piés de un poderoso de mayor alteza: ¡leccion elocuente para el engreido mortal que se atreve á ofender á su hermano cuando le ve debil y humilde, y á menospreciar las leyes cuando en su desvaneci-

miento se figura que no fueron hechas para él! Esotra, advierte los riesgos que se corren, los peligros á que expone, los tormentos que se sufren, cuando en la edad de los cónyuges no existe el equilibrio de una prudente paridad; y la postrera presenta en ingenioso contraste la inconstancia y la firmeza, la lealtad y la falsía, el egoismo y la abnegacion del amor y la amistad, puestos á prueba de la ausencia y de la muerte: ¡el amor y la amistad! dulcísimos y desgarradores afectos que iluminan y anublan los mejores días de nuestra agitada existencia.

De todas estas obras se desprende una leccion trascendental, basada en los más sanos principios, transmitida al público, no con la monótona frase del pedagogo, ni con la austera severidad de la cátedra, sino revestida con formas animadas é insinuantes, que hacen perceptible el ejemplo á todas las clases, á todos los entendimientos de que se compone el auditorio. Y lo mismo que sucede con el teatro nacional (á quien he dado en la cita el lugar preferente de que se halla en posesion desde el renacimiento de las letras y las bellas artes) acontece con los demas teatros en Europa. No se fijará la vista en ninguna produccion de esos autores que han logrado cabalgar en hombros de la fama, sin encontrar escenas, situaciones, rasgos felicísimos que conmueven el ánimo, que obligan á entrar en cuentas con la conciencia para aborrecer, condolerse, huir de la imitacion ó tomar por modelo á la série de personajes, ora históricos, ora de invencion, que intervienen en la fábula. ¿Quién hay que envidie las grandezas del trono danés en los momentos de angustia, de terror, de continuo sobresalto que asedian al asesino del augusto padre de *Hamlet*? ¿Á quién no admira la prontitud con que se desbaratan las tramas, se ahuyentan las insidias más hábilmente combinadas y dispuestas, al ver ahogarse á *Fiesco* bajo el peso de la armadura que le vistió una

ambicion reprobable y desmedida? ¿Á quién no estremece el castigo que por esta misma vana pasion recibe *Ricardo D'Ar-lingthon* de las manos de su padre? ¿Quién hay que no califique de monstruosa, de contraria á las leyes naturales la nefanda pasion que arrastra á *Mirra*? ¿Quién aspira á la detestable semejanza de *Tartufe* y de *Harpagon*? Y, ¿quién no ve en el castigo de *Lucrecia Borjia* descender el rayo de las iras celestes, sorprenderla en medio de sus desórdenes, herir su tempestuoso corazon y obligarla á que expie en breves momentos ante el cadáver de su hijo, asesinado por ella, toda una vida de criminales y repugnantes desafueros?

Llegaria á ser enojosa, por lo extensa, la enumeracion de obras que prueban que el teatro no sólo es *escuela* de buena doctrina, de avisos elocuentes, de plausibles ejemplos de costumbres, sino tambien el *reflejo* de éstas; porque sabido es que, aún cuando aquellas se refieran á épocas remotas y á países extraños, sus interlocutores generalmente se mueven y hablan como hablan y se mueven los personajes análogos en la época y sociedad en que el poeta las ha escrito. En mi concepto, no existe una obra dramática, que haya merecido ó merezca los honores de la posteridad, sin que enseñe algo provechoso, y sin que á la vez describa ó refleje con mayor ó menor intencion y fidelidad los rasgos más característicos de la nacion á que pertenece. Lo difícil es encontrar una sola obra buena que no se halle adornada de ambas dotes, tan estrechamente unidas, tan perfectamente confundidas y mezcladas, que considero imposible, de toda imposibilidad, el señalamiento del sitio que en exclusivo á cada una corresponde, como sería imposible determinar el punto donde concluye el agua y principia su evaporacion, ó marcar en el *batiente difuminado* de una obra de pintura el lugar geométrico donde parten límites las sombras y la luz.

Es, pues, el teatro, segun mi leal entender, y de estos

ejemplos se desprende, *escuela*, porque advierte, enseña, ilustra; y *reflejo de costumbres*, porque las modela, dibuja ó retrata: una institucion que, aunque de naturaleza compleja, es, en el mejor ejercicio de sus funciones, uniforme, concreta, indivisible.

Parecerá, acaso, exagerada la narracion que llevo hecha acerca de las excelencias é importancia del teatro, y es posible que haya alguno que pregunte: «Esa institucion, ¿es tan impecable, tan perfecta, que se halle libre, fuera del alcance de las debilidades y miserias de que participan las humanas instituciones?»—No, ciertamente, se podrá contestar: no se halla el teatro exento de pecado, como no lo está nada de aquello á que la pecadora mano del hombre da vida y movimiento. El teatro tambien se extravía, comete desmanes, y hasta puede llegar á convertirse en una verdadera calamidad. Pero cuando el teatro cae en ese funesto paroxismo, no es el teatro ya, sino su excepcion la que funciona: no es ya la luz del genio, ni su reflejo siquiera; sino el tizon que mancha, que todo lo ennegrece, como no es la prensa, que ilustra y civiliza, la gárrula gritería que calumnia y que difama. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que ni áun en estos momentos de triste decepcion, puede con justicia considerarse al teatro como solidario en la responsabilidad que haya de exigirse. El teatro, segun llevo dicho, enseña, es cierto; pero no impone á nadie su enseñanza; no obliga á que la acepten; deja á la conciencia de cada cual que extraiga de aquella el fruto que le parezca más lozano y provechoso. La que se impone con frecuencia al teatro, es la sociedad; y cuando la corrupcion se hospeda en ella, ó más bien en parte de ella, no por el influjo del teatro, sino por la fuerza superior é invisible que agita y arrastra á las sociedades en períodos determinados; cuando llegan épocas en que se permite hablar de todo y discutir acerca de todo; cuando el cinismo

pasa de las costumbres á infiltrarse en la medula del cuerpo social, y todo se adultera, y se disfraza, y se disimula, hasta el punto de oír la muchedumbre, sin alterarse, palabras que debieran herir todos los oídos y quemar la boca del que las pronuncia; cuando la indiferencia del público es tanta, que ve impasible la procacidad con que ora aparece como panegirista de la virtud el que más la escarnece y pisotea, ora como defensor de la dignidad de la mujer el que más la deshonra y envilece; ya como apologista de la santidad de los lazos de la familia el que los rompe con mayor escándalo y violencia; y oye hablar de generosidad al avaro, de franqueza al hipócrita, de lealtad al felón, de probidad al usurero, ¿qué ha de hacer el teatro al desempeñar su papel de *retratista*, si no usar de los colores que la sociedad misma le sirve en la paleta? Dibujará mónstruos, presentará la deformidad de los originales que ha copiado, y contribuirá, no tan directamente como otros elementos corruptores, á la propagación de la pestilencia. Pero, áun dada esta situación excepcional en el teatro, repetidas pruebas han demostrado siempre que no es, ni puede ser, de larga duración. ¡No! Porque apenas el teatro se aleja del buen camino, tropieza y se encenaga, se levantan en son de protesta la voz de la indignada virtud, la de las costumbres ultrajadas, la de los hombres de ciencia y autoridad, como en alas de su propia inspiración y con atildado estilo recientemente lo ha hecho uno de vosotros al apostrofar los extravíos y tendencias de la novela; y como, con estas, ó sin estas respetables voces, se insinúan y rebelan el instinto público, que es más sábio que todos los filósofos, la conciencia universal, que es más recta que todos los códigos y preceptos humanos, los cuales, al observar que el teatro no les enseña nada útil, no les solaza ni entretiene, lo juzgan en primera y única instancia, y lo condenan sin apelación al abandono, á la soledad, el mayor de los castigos, más

que castigo, el mayor, más doloroso y cruel de los tormentos. Y véase cómo, por medio de este natural, espontáneo y saludable correctivo, vuelve el teatro á la vía de que pudo separarse por un momento, para continuar su marcha á través de los siglos, demostrando sus excelencias é importancia, atributos que no podemos negarle sin negar lo que están viendo nuestros ojos y tocando á cada instante nuestras manos.

Examinadas sumariamente las cualidades internas y externas del teatro en los tiempos que pasaron, permitidme ahora que haga una rápida incursión al de nuestros días en general, y que me detenga breves instantes en presencia de las causas que pueden haber ocasionado la situación en que yace hoy el de España.

¿Qué es lo que ha sucedido en el mundo teatral que adonde quiera que se aplican la vista y el oído no se ven más que desastres y lágrimas, no se oyen más que lúgubres quejas y sollozos? Ni un solo punto se descubre, entre tan variadas y apartadas regiones, adonde el espíritu de la Dramática pueda refugiarse y aspirar, libre del contagio, el delicado aroma del arte y del buen gusto.

La patria de *Eurípides*, el semidios de la escena en la Edad de Oro, cuyos versos tenían, como sabéis, el grato privilegio de endulzar la amarga suerte de los prisioneros de *Leónidas* y *Temístocles*, yace aletargada en su tradicional lecho de laureles, y enredados los piés entre las algas del Tirreno. El poderoso genio que inspiró *La Tempestad*, *Otelo* y *El Mercader de Venecia*, hoy sólo respira por la tobera de sus locomotoras, y no presenta al mundo otro símbolo de su actividad y sus creencias que el caducéo del mensajero de las olímpicas deidades. Del fecundo suelo que sembraron de lauros inmarcesibles *Alferi* y *Goldoni*, *Metastasio* y *Giraud*, no brotan hoy más que guerreros; no se oye en él más voz que la que llama á sus hijos al

combate, ni existe más entusiasmo que para el sufragio universal. La pensadora nación, cuna de *Schiller*, consagra sus fuerzas dramáticas á meditar y rastrear el verdadero sentido de los intrincados conceptos de nuestro D. Pedro Calderon. Allí, donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron *Corneille*, *Racine* y *Moliere*, hoy corre desatentada por los *bulevares*, ébria y deshonestá, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo. Y aquí, donde desatadas las fuentes del teatro, llevaron hasta los confines más recónditos de Europa la frescura y sonoro murmullo de sus aguas, hoy se han escondido tanto sus veneros, que, para calmar nuestra sed, no ya la ajena, sólo poseemos un exiguo raudal que va fluyendo gota á gota.

¡Sombrio y por demas desconsolador es el cuadro en que se hallan representadas las desdichas que agobian al teatro de nuestros días! No hay escena en ningun país que en esta parte sea más que otra venturosa: en todas partes gime el arte recordando sus antiguas y hoy perdidas glorias, y la agitacion á que se entrega para renovarlas, más que á las palpitaciones de la vida, se parece á los sacudimientos de un cadáver galvanizado. No es un accidente parcial el que aqueja al mundo artístico; es constitucional el padecimiento, aguda la dolencia, comun la infección, universales el conflicto y las angustias. Y consiste en que las conquistas que logra la materia sobre el espíritu de los pueblos, no se realizan jamás sino á expensas de la virginal pureza, símbolo del arte. Consiste en que la vieja Europa, cansada de la sobriedad del tasajo, del peso de las ferradas armas, del duro lecho de los campamentos, del ordenado trabajo del día, del tranquilo reposo de la noche, hondamente dividida en sus creencias, debilitada su fe en todas, casi en brazos de una nueva idolatría, ávida de goces materiales, rinde culto al oro, á la gula y á la pereza: quiere vivir mucho y bien en po-

cos días: no escrupuliza los medios con tal de conseguirlo, y, como cuerpo caduco, necesita de estímulos extraordinarios para animar sus ataridos nervios y desatar el hielo de su sangre. Este movimiento general, que recuerda el *Urbem Romam* de Tácito, es el que ha producido en Europa *el bajo imperio* del teatro, y con él lo ficticio de su vida, lo visible de su decadencia, lo innegable de su postración. No aspiro, al hablar de este modo, á presentar como exclusivamente mejores las edades pretéritas; ni mucho ménos á proclamar lo ventajoso que sería el volver atrás la planta, con el único objeto de que el teatro reconquistase su primitiva esplendidez. Esto sería lo mismo que condenar las inmutables leyes del progreso humano, cuya marcha sólo al poder de Dios es dado alterar ó reprimir. ¡No! Mi inofensivo propósito se dirige á dejar consignado el hecho de que cuando las sociedades evolucionan, cuando entran en el período de su renovación, se resienten las costumbres y cuanto en aquellas se cobija, muy especialmente las instituciones que se nutren mejor con los delicados halagos del espíritu que con los impuros goces de la materia. No es para mí dudoso el que, una vez calmados los huracanes que conmueven hoy el mundo, renacerá el teatro joven y fuerte, con las nuevas ideas, con las nuevas costumbres, con todas las reformas que oculta el velo de lo futuro; pero es lo cierto que entre tanto el teatro desfallece en Europa, si bien, en honor del de España puede asegurarse que no debe á causas enteramente iguales á las que llevo apuntadas la penosa y aflictiva situación en que se encuentra. Examinémoslas sin tardanza: apreciemos la gravedad de su estado; indiquemos el remedio, si lo hay; pero examinémoslas con esmerado interés, sin pasión por cosas ni por personas, que mal se aplican los específicos cuando no precede un diagnóstico severo y concienzudo.

Unos dicen, que el teatro español decae visiblemente;

otros, que es tal la agudeza de sus dolores, que se encuentra en la agonía; y también hay quien con amargas quejas ha dado al público la noticia de su fallecimiento. Y adviértase que esta nueva no ha salido de los labios de los veteranos del arte, á quienes podría perdonarse el *pesimismo*, atendiendo á que nada hay para los ancianos más simpático y perfecto que aquello de que trataron en la mocedad; esta infausta nueva ha salido de las filas de la juventud militante, nueva que hubiera llenado de pavor á los numerosos apasionados de la institución, si no la hubieran oído como una hipérbole necrológica. El teatro español se halla enfermo, es verdad; le trabaja una intermitente perniciososa; se encuentra en una de esas crisis que en otras ocasiones ha soportado y vencido heroicamente; pero el teatro español no ha muerto, ¡porque no puede morir!..... en tanto que no se extinga el último destello del ingenio en la mente de los españoles. Y nada hay que pruebe de una manera más concluyente las fuerzas vitales de aquel, que el estado en que se encuentra: si pudiera morir, ya no existiría: ¡tan letal y abundante ha sido y es el tósigo que tiempo há se le administra! No me propongo dirigir cargos á nadie: me lo veda el respeto que debo á este sitio; me lo veda mi carácter; pero creo aplicable al caso presente, y salva la santidad del objeto que lo inspiró, aquel magnífico apóstrofe del sabio *Anfriso*:

¡Llorad humanos!
 ¡Todos en Él pusisteis vuestras manos!

Muchos, en efecto, son los que, no para bien, han puesto las manos en el teatro, y no pocos los que, para mal, dejaron de ponerlas.

Entre las causas que pueden citarse como originarias de su abatimiento, las hay fortuitas, inevitables, así como también

hay otras que son espontáneas é intencionales, pero susceptibles de fácil y pronta correccion. Pertenecen á las primeras, las producidas por las convulsiones que de antiguo abruma é interrumpen la marcha progresiva y ordenada del cuerpo del Estado. A la sombra de la paz, con el grato reposo que produce la confianza pública, es como se desarrollan y prosperan las letras y bellas artes; y ciertamente que el siglo en que hemos nacido no será propuesto á los demas por la historia como ejemplo de siglos pacíficos y morigerados. En lo que de él va corrido se ha consumado una gloriosa revolucion nacional; ha ocurrido un conato de cambio de dinastía, y una completa restauracion seguida de alteraciones radicales en el órden político, de una guerra civil, de una lucha constante de partidos, que maldice la Providencia, y de otra guerra en extranjero suelo, que Dios ha bendecido en los campos de batalla. Y, sin embargo, Señores, para que se vea la pujanza del genio dramático de España, en ese largo y tormentoso período, entre el fragor de las armas, sobre la sangre derramada en los cadalsos y á la siniestra luz de la discordia, ha poseido nuestra escena á Isidoro Máiquez, Felipe Blanco, Pinto, Rafael Perez, Carretero, Cristiani, Caprara, Latorre, Mate, Guzman, Fabiani y Campos: á Rita Luna, Antonia Prado, María Garcia, Antera y Joaquina Baus, Concepcion Rodriguez, Jerónima Llorente y los demas á quienes todavía colma el público de aplausos, presididos por las brillantes pléyadas de escritores que legarán á la posteridad un considerable número de obras ajustadas en su mayoría á los preceptos del arte y de la moral más exigente. Pero aun cuando, por la exuberancia del genio español, nos sea dable añadir éstas á nuestras antiguas glorias literarias y artísticas, preciso es convenir en que las circunstancias que han rodeado á los poetas y actores en la época citada, no han sido las más favorables, bonancibles y protectoras.

Y puesto que hablo de proteccion, no ya como causa fortuita inevitable, sino como espontánea y corregible, debo declarar que no ha sido positivamente muy directa ni eficaz la que al teatro han dispensado nuestras leyes. Con brevedad suma puede recopilarse nuestra legislacion teatral. Unas cuantas consultas de teólogos que desde el siglo xvi hasta el último tercio del siglo xviii, dieron por resultado cinco prohibiciones absolutas del teatro: varias gestiones del *conde de Aranda* para el arreglo interior y exterior de la policía de aquel, é introduccion en nuestro caudal cómico de algunas obras escogidas de los teatros extranjeros: una junta para entender en la reforma del teatro, creada por el *duque de la Alcuía*, despues *príncipe de la Paz*, á cuyo frente hubo el tino de colocar á un general, muy entendido en el arte de la guerra, y que principió por tratar á los vocales (entre los que se hallaba el inmortal *Inarco Celenio*) como si fueran cadetes ó soldados: una ley de propiedad literaria en la que se concede á los autores durante su vida el derecho de ser dueños de las obras de su entendimiento y veinticinco años despues á sus herederos: algunas reales disposiciones, referentes unas, á jubilaciones de actores, y encaminadas otras á evitar el merodeo, que en el campo de la propiedad literaria se permitian, y siguen permitiéndose las compañías ambulantes y sociedades dramáticas, y el Real decreto orgánico de teatros de 7 de febrero de 1849 (ampliacion del de 30 de agosto de 1847, que no llegó á plantearse), alterado sensiblemente despues por el de 28 de julio de 1852. Nada digo de la ley de teatros que en 1856 principió á discutirse en la Asamblea Nacional, porque esta ley no salió del estado de proyecto.

Hé aquí en resúmen lo más importante de nuestra legislacion teatral; con la que, si bien varios gobiernos han demostrado que no les era indiferente la suerte del teatro, no han tenido la fortuna de asegurarla de un modo permanente, reali-

zando sus benévolos deseos. Es, no obstante, de estricta justicia hacer una excepcion en favor de los Reales decretos de agosto de 1847 y febrero de 1849. Ambos acuerdos son los que entre las disposiciones de su clase revelan mayor elevacion de miras y un profundo conocimiento práctico del arte y su complicado mecanismo; acuerdos que nunca agradecerán bastante cuantos directa ó indirectamente se interesan por la prosperidad y apogeo de nuestro teatro. En ellos se ordena la fundacion de *uno español* en la capital de la monarquía: se crean arbitrios para subvenir á su decoro y esplendor: se regulariza y mejora la condicion de los actores; se clasifican los teatros del reino: se pone coto al abuso de abrirlos sin la conveniente garantía; se les destina al desempeño de géneros dramáticos especiales: se establecen premios de estímulo para los autores; y por último, se arranca al poeta del nauseabundo terreno de la contratacion, se le pone á cubierto de la especuladora avaricia de las empresas, fijando un equitativo tanto por ciento como remuneracion de sus obras, que son el primer elemento del teatro. Y estas notabilísimas reformas no quedaron en proyecto: se llevaron á ejecucion, venciendo dificultades, allanando penosísimos obstáculos, y se vió que el pensamiento era bueno, era realizable. Si despues no ha producido los frutos que prometia, no ha sido por culpa de él, sino por causas que, las unas no son de este lugar, y las otras, ni de éste ni de ninguno.

Abandonado nuevamente el teatro á los azares de la suerte; obligado á caminar, sin el impulso de una direccion legal, uniforme y protectora, á través de una época analítica, que se prosterna ante lo positivo, que desdeña lo ilusorio, naturalmente ha caido de los brazos del arte en los de la industria; y de los de ésta, en el pantano donde se revuelven la hipocresía y el charlatanismo. Jamás se ha invocado el arte tanto como ahora, ni, en nombre del arte, se han cometido tantos desacier-

tos. Se nota entre los que le cultivan (salvas siempre honrosísimas excepciones) un devorante afán de atravesar pronto el camino, una prisa por saltarlo desde el principio hasta sus posteriores límites, que no parece sino que la nación se dispone para emprender un gran viaje, ó que ya se escuchan á lo léjos los sonidos de la fatídica trompeta. Nunca, ni áun en los tiempos de las *comedias famosas*, ha poseido España, como ahora, mayor suma de *primeros* escritores, de escritores *distinguidos*, de *siempre y extraordinariamente aplaudidos* escritores; ni la falange cómica ha contado, como hoy, entre sus filas mayor número de actores *eminentes*, de actores *inspirados*, de *primeros* actores y *directores de escena*; y, no obstante estas lisonjeras calificaciones y aditamentos *de cartel*, el público, el verdadero público que juzga, que premia y que condena, no asiste á sus espectáculos. ¿Cómo podrá explicarse este desvío? De una manera muy sencilla, con la simple exposicion de la verdad. Se explica con la demostracion práctica de que el teatro (y sea dicho con perdon de los economistas que profesan en absoluto la teoría del libre cambio) no puede regirse por las leyes comunes á la industria; no puede regirse, porque el teatro es más artístico que industrial, y desde el momento en que la industria prepondera sobre el arte, se convierte aquel en agiotista: el ágio lleva consigo el exagerado encomio de la cosa cambiada; el encomio exagerado produce el desencanto en el público, y el desencanto de éste, su ausencia del mercado. Esta es la verdad. Que se den al público obras de arte, interpretadas artísticamente; haya originalidad y verisimilitud en el pensamiento de las comedias; ingenio en su estructura; conjunto, exactitud histórica y vida en su representacion, y el público, sin el forzado estímulo de pomposos anuncios, sin la intemperancia de esas sociedades de seguros mutuos de aplausos, de seguros de elogios mutuos, asistirá espontáneamente á nuestros coliseos. Pero si, en vez de ver cumplida

esta racional exigencia, observa que el escritor *mancha la tabla aprisa*, y al lado de un actor que le entusiasma encuentra otro y otro que le desesperan; si continuamente se ofende su vista y su ilustracion con anacronismos que podrian perdonarse en los tiempos de *Lope de Rueda*, resultando de aquí una representacion desigual, anómala y desmayada, no debe sorprender á nádie que deje solo al *extraordinariamente aplaudido* escritor y al cómico *eminente*, y que vaya á favorecer otros espectáculos que, si bien no ofrecen á su entendimiento el nutritivo pasto del arte, en cambio son para él más divertidos, porque tambien son ménos pretenciosos.

Ahora bien, y para concluir: demostradas algunas de las principales causas que, á mi juicio, han colocado el teatro en la aflictiva situacion en que se halla, no creo que bastarán á sacarle de tan duro trance los conatos aislados del esfuerzo particular. Necesita el teatro para vigorizarse, para producir los opimos frutos que ha dado en mejores dias, y que debe de dar siempre, del poderoso auxilio de la ley; y las bases de esa ley, ningun cuerpo literario más autorizado ni más competente para determinarlas que el que hoy me honra, tendiéndome su mano y admitiéndome en su seno. Aquí, donde el saber y la experiencia tienen su natural asiento: donde jamás penetra el emponzoñado ambiente de las pasiones, ni los baladros del egoismo, la vanidad y la codicia tienen eco, es donde con mayor fortuna podrá iniciarse la gloriosa regeneracion del teatro nacional.

Si poseyera mi voz la autoridad suficiente para dirigiros invitaciones, lo haria con el objeto de que con preferencia á todo os dignárais fijar la atencion en tan grave asunto, convencido de que sabríais resolverlo con la prudente discrecion en vosotros vinculada; pero no osaré, en mi pequeñez, estimularos á ello, sino en la forma de la más reverente de las súplicas. ¡Qué glo-

ria para la Real Academia Española si, á las muchas que ya tiene conquistadas, añadiera la de comunicar el *esplendor* de su timbre á nuestro abatido teatro, y brindara con un porvenir más lisonjero á los ingenios españoles y á las numerosas familias que con la suerte del teatro tienen ligada su existencia! Abrigo la consoladora esperanza de que un proyecto de reforma teatral, tan completo como puede salir de esta docta Corporacion, será aceptado y apoyado por el Gobierno supremo, propicio siempre á coadyuvar al engrandecimiento de las instituciones públicas, y con especialidad al de una que, como la del teatro, es el termómetro que señala los grados de civilizacion y cultura de las naciones.

Entónces, y sólo entónces, asegurada ya la decorosa subsistencia del teatro español; obligados los elementos que lo constituyen á moverse dentro de la cuadrícula trazada por la ley; subordinadas á ella las aspiraciones no justificadas, las ambiciones personales; centralizados los intereses hoy dispersos, es cuando, si se observa que el teatro permanece inmóvil, insensible á la accion de remedios tan heróicos, podrá afirmarse con fundamento que ha dejado de existir. Pero entre tanto no hay motivo para acoger tan fúnebres pensamientos: es demasiado rica la herencia que posee para que tema los horrores de la pobreza, y harto fecundo el ingenio español para que caiga en el abismo de la esterilidad. Lo que hoy se puede asegurar, es que nuestro teatro, como el águila real, cansado de volar por las alturas, ha plegado sus alas y descendido hácia el centro comun de gravedad, para tomar nuevo aliento, desplegarlas despues, remontarse y perderse entre las nubes.

Perdonad, Señores, que haya abusado tanto de vuestra benevolencia. Hombre de accion más que de palabra; acostumbrado á traducir en hechos mis pobres ideas, he considerado como un deber imprescindible el abogar por una institucion á la cual

debo, entre otras mercedes, la muy señalada de tomar hoy asiento á vuestro lado. Por eso he creido cumplir con una obligacion al consagrar los momentos en que por la primera vez de mi vida suena ante el público mi voz, para pagar á aquella, con la desaliñada efusion de un alma agradecida, el tributo de mi profundo reconocimiento, y contribuir con cuanto sea dable á mis fuerzas á remover los obstáculos que interrumpen su marcha y le imposibilitan para que corresponda hoy, como ayer, á sus gloriosas tradiciones.

abor contra otras mercedes; la muy señalada de tomar hoy
 asientos á que este fado. Por eso he creído cumplir con una obli-
 gacion al consagrar los momentos en que por la primera vez
 en mi vida se me dá el público en voz para pagar á España.
 con la desahogada ósion de un alma agradecida, el tributo de
 un producido reconocimientos, y contribuir con cuanto sea posible
 á sus fuerzas á remover los obstáculos que interrumpen su mar-
 cha, y lo imposible para que correspondan hoy, como ayer,
 á sus gloriosas tradiciones. En circunstancias tan favorables
 para el progreso de la patria, en que la educación es tan
 necesaria y necesaria de todos los órdenes de la sociedad
 para el desarrollo de las ciencias y de las artes, y para el
 adelanto de la agricultura, el comercio, las artes y el
 trabajo, es necesario que el Estado se preocupe de facilitar
 á los ciudadanos el medio de adquirir los conocimientos
 necesarios para el desempeño de sus deberes, y para el
 adelanto de la patria. En consecuencia, he creído oportuno
 proponer al Sr. D. Tomás Rodríguez Rubi, que en virtud
 de su distinguido nombre, y de su merecida reputación, se
 le encargue el desempeño de la cátedra de Historia Natural
 en el Real Colegio de San Carlos de Madrid.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

guábamos en los estudios, y nos congregamos los viernes con ansia de ganar laureles. En cuanto de siglo ya pasado, y las impresiones de entonces, vivas se mantienen, cual si fueran de ayer, en el alma. Juntos nos hallamos con los obstáculos desalentadores que se atravesaban á los principios de toda carrera; juntos los dejamos atrás, porque la perseverancia obra maravillas; juntos hicimos nuestras primeras armas en las fides pacíficas y belicosas del Liceo artístico y literario. Al nombrar este instituto, que erigido por los esfuerzos particulares de una persona de recomendabilísimas circunstancias, se mantiene en el mayor apogeo no pocos años de provechosa memoria de una de sus fundaciones más sólidas. Ya estaba el Liceo en el palacio de Villahermosa, cuando tuvo lugar por

SEÑORES: Sólo me ocurre una manera de no debilitar el interés que os ha congregado en este recinto. Deseosos vinisteis de oír el discurso del Sr. Rodríguez Rubí, en la bien fundada creencia de que, siendo suyo, no podía ménos de lucir por la amenidad y la sustancia; y también de ver ornado á su autor con la medalla, que esta Corporacion le ha de entregar, segun voto emitido, no por efecto de benevolencia, sino por espíritu de justicia: se os ha cumplido el primer deseo, y no tardareis en satisfacer el segundo, sin que hayais de temprar vuestra natural impaciencia más que los breves instantes que necesite para dar al nuevo Académico la bienvenida; honroso y agradabilísimo encargo, que por la prioridad del entrañable afecto que nos profesamos ya hace mucho, me toca desempeñar á nombre de la Real Academia Española. Nuestra amistad data de los días de la juventud más florida, que coincidieron por fortuna con el restablecimiento de las instituciones liberales en nuestra patria, días de efervescencia y de entusiasmo, de fe ardorosa y de nobilísimas aspiraciones, de inexperiencia y de esperanza, en que mutuamente nos animábamos al trabajo, y nos

guíabamos en los estudios, y nos corregíamos los versos, con ansia de ganar laureles. Un cuarto de siglo va pasado, y las impresiones de entónces, vivas se mantienen, cual si fueran de ayer, en el alma. Juntos nos hallamos con los obstáculos desalentadores que se atraviesan á los principios de toda carrera; juntos los dejamos atrás, porque la perseverancia obra maravillas; juntos hicimos nuestras primeras armas en las lides pacíficas y deleitosas del Liceo artístico y literario.

Al nombrar este instituto, que, erigido por los esfuerzos particulares de una persona de recomendabilísimas circunstancias, se mantuvo en el mayor apogeo no pocos años, de pronto hago memoria de una de sus funciones más solemnes. Ya estaba el Liceo en el palacio de Villahermosa, cuando tuvo lugar por Marzo ó Abril de 1840, para aliviar la infausta suerte de un pintor de nota, ciego entónces y hoy ya finado. Aquella noche de consuelo para el artista, y más especialmente por el público testimonio que sus muchos amigos le dieron de cordialidad y ternura, fué para el Sr. Rodríguez Rubí de feliz augurio. Ya tenía acabada una comedia, sin saber á dónde acudir para verla representada, y aquella noche y dentro del mismo Liceo se le proporcionó la coyuntura de entablar relaciones con quien la podía someter al fallo del público en el teatro, y de buena voluntad contrajo el empeño de apadrinarla sin demora.

De cierto varios de los que me escuchan indulgentes asistieron al estreno de la comedia á que aludo, y por la cual se enlaza de algun modo con la ceguera de Esquivel la fama de poeta dramático de Rubí, como con la muerte de Larra la fama de poeta lírico de Zorrilla. Sin duda estais recordando que se titula *Del mal el menos* la comedia con que alcanzó el nuevo alumno de Lope de Vega su primer triunfo, apenas cumplidos los veinte años; triunfo precursor de otros muy numerosos y bien merecidos, puesto que pasan de sesenta las producciones

originales dadas á la escena desde entónces por ingenio tan privilegiado, sin sufrir jamás el menor desaire. Y aparece más lisonjero este favor constante del público, harto veleidoso en ocasiones, si se considera que no se ha limitado á cultivar el género para el cual acreditó dotes no comunes desde su lucido aprendizaje; ántes bien con igual buena estrella ha hecho gala de que las musas del teatro le prodigan las inspiraciones todas. Su ligereza y su donaire para la comedia de costumbres están patentes en *El Rigor de las desdichas*, *Detras de la cruz el diablo*, *Mejor es creer*, *La Entrada en el gran mundo*, y otras cuya enumeracion fuera prolija: de la galantería, del discreteo y de los empeñados lances de la comedia de capa y espada, son fiel imágen *Ribera ó la fortuna en la prision*, *Quien más pone pierde más*, y *Las Indias en la corte*: de la urbanidad é intencion de la alta comedia son modelo acabado las dos partes de *La Rueda de la fortuna*: verdad en los caracteres, colorido de época, interés siempre vivo, á pesar de la fidelidad de la pintura, segun el drama histórico lo exige, se hallan de relieve en *Isabel la Católica*, *El Fénix de los ingenios*, y *Dos Validos ó Castillos en el aire*: muy originalmente ha puesto en juego con *La Bruja de Lanjaron* la tramoya de la mágia, y con *La Hija de la Providencia* ha pagado tributo á la zarzuela, ya muy de moda: la naturalidad con que hierde siempre que es de su agrado los mas hondos sentimientos del alma, se nota especialmente en *Borrascas del corazon*, *La Trenza de sus cabellos* y *La Estrella de las montañas*, donde á menudo se eleva al tono de la tragedia, á la par que en *La Féria de Mairena* y en *Las Ventas de Cárdenas* baja hasta el gracejo del sainete sin menoscabo del buen gusto. Tras de cultivar todos los géneros de poesia que entran bajo la jurisdicción del teatro, y de caminar con planta segura durante no ménos de cuatro lustros por senda tan espinosa, y siempre á la sombra de laureles, ¿qué mucho que le

abra de par en par sus puertas la Real Academia Española? Para llamar á ellas con razon fundada, bastárale traer en la mano su tomo de poesías andaluzas, verdadera joya literaria, y única por el gran mérito en su especie.

Mas advierto que abuso de vuestra atencion, porque nada sale de mis labios que no tengais sabido de sobra. Estos justos encomios tuvieran mayor oportunidad si asistiérais á la recepcion académica de una persona, cuyo nombre sonara por vez primera en vuestros oidos como asociado á la literatura, por cultivarla á sólas, sin trascender la noticia fuera del círculo de sus muy allegados, y de cuyos merecimientos recónditos se necesitara hacer una minuciosa reseña para justificacion de la Academia Española. Notorios son los del Sr. Rodriguez Rubí hasta donde no se habla el majestuoso, rico y eufónico idioma de Cervántes y de Calderon de la Barca, pues no pertenece al número de los que recatan avaros los frutos más ó menos sazonados de su inteligencia, quizá por razones de egoismo, sino que figura entre los que se aventuran á todo, á tal de ser útiles á sus conciudadanos; entre los que piensan que es una obligacion moral, de aquellos á quienes Dios quiso dotar de suficiencia no comun, dejar despues de su muerte algo más que el epitafio de su sepulcro; y por fin, entre los que, uniendo su gloria á la de la patria, no reposan de sus afanes, ni se intimidan ante los tiros de que le han de hacer blanco forzoso cuantos se entristecen del bien ajeno; tiros que son los más envenenados de todos.

Aunque el Sr. Rubí ha dado muestras de su grande idoneidad para justar con buenas armas en el palenque del periodismo, y para cojer variadas flores en el fértil campo de la novela, como lo acreditan *El Hermano de la mar* y *Trampas legales*; y ahora pone de manifiesto su ilustracion vasta, y su caridad y rectitud en las tareas administrativas dedicadas al amparo de

los menesterosos, su principal y más sólida nombradía, hoy por hoy, radicada está en el Teatro. Así le habeis oido expresar la gratitud propia de toda noble alma, no dejando correr la ocasion propicia de emitir en público sus ideas sin apresurarse á rendir homenaje á esa institucion veneranda, de la cual es hijo en literatura. De su remotísimo origen os ha hablado, de sus excelencias sin cuento, y de sus actuales congojas. ¿Qué puedo ya decir que no adolezca de lánguido y descolorido? Nada, y por consiguiente escojo el medio no inoportuno de citar algunos pensamientos de personas entendidas en corroboracion de la tésis más importante que el Sr. Rubí ha desenvuelto en su bellissimo discurso; á saber, que el Teatro es á la par escuela y reflejo de costumbres.

No erudicion bien digerida, sino ignorancia suma y con asomos de fanatismo, acreditara quien trajera hoy á cuento la respetable autoridad de los Santos Padres para condenar el Teatro, y lo calificara de escuela de lascivia, de magisterio de torpeza, de universidad de todos los vicios y de fuente de todos los males. Estas severas censuras, estas execraciones, justísimas á todas luces cuando fueron pronunciadas, como dirigidas contra los espectáculos teatrales de la gentilidad, ya muy degenerados en aquella época del Cristianismo, no sonarian sino muy destempladamente despues de haber dado por lícitas las representaciones escénicas el Angélico doctor de la Iglesia; despues de ejecutarse por espacio de cinco siglos en nuestros templos y en nuestras procesiones para solemnizar las festividades cristianas; despues de la edad de oro de nuestro teatro, en la cual es muy digno de nota que vestian hábito sacerdotal los que le dieron mayor lustre; despues de salir siempre á vida más robusta de los ataques impetuosos de la piedad mal entendida, gracias á las elocuentes consultas de las universidades españolas, mucho ántes de la secularizacion de la enseñanza.

Muy destempladamente sonaran esas censuras y esas execraciones, cuando nuestro Teatro corresponde mejor que ha correspondido nunca al objeto esencial de unir la utilidad al deleite, de recomendar la verdad y la virtud, y de condenar el error y el vicio. No creo que me ciega la pasion que tengo por el siglo XIX al aseverar que el Teatro español contemporáneo lleva inmensa ventaja al de todas las épocas en la moralidad y en la aspiracion al bien y á la justicia; siquiera al expresarme de este modo, sin espacio para corroborar las afirmaciones con las pruebas á centenares, me caiga encima el anatema profano, é inofensivo y nada temible por consiguiente, de aquellos á quienes parece mejor cualquiera tiempo ya pasado.

Aunque les pese, y lo divulguen con aspavientos y gemidos, el Teatro, escuela de sabiduría práctica, guia en el camino de la vida civil, llave segura para descubrir los más profundos secretos del corazon, enseña al hombre á conformarse con su destino, y contribuye á formar el espíritu nacional. En el Teatro deben aprender los hombres á ser libres, fuertes, generosos, exaltados por la verdadera virtud, impacientes de toda violencia, amantes de su patria, verdaderos conocedores de sus derechos propios, y vehementes, rectos, magnánimos en todas sus pasiones. Para el logro de tan altos fines se deben revestir los autores dramáticos de una autoridad pública á fin de instruir á sus conciudadanos, persuadiéndose de que la nacion les confia tácitamente el cargo de censores de la multitud ignorante. No conmueven los preceptos de filosofía puestos en los libros lo que en espectáculos animados; porque el filósofo austero se desdenna de ganar los corazones, y ofende ó cansa con el tono dominante de sus doctrinas, á la par que el dramático excita alternativamente mil pasiones en el alma, y las hace servir de conducto á las ideas y á los sentimientos más nobles y sublimes, como que sus lecciones, siempre agradables, están muy aparta-

das del sobrecejo magistral que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres.

A estas máximas, que tendrían escasa autoridad si fueran de cosecha propia, y que la tienen de gran peso por ser de madama Staël, de Alfieri y de Nasarre, ha ajustado el Sr. Rubí sus procederés en su carrera gloriosa para utilidad comun y honor de la patria, y de buen grado lo demostraria con un sucinto resúmen de la enseñanza moral de sus obras; pero vuela el tiempo, y voy á terminar con muy contadas frases relativas á la urgencia de sacar al Teatro nacional de la postracion de que se lastiman todos sus amadores.

Ya lo dijo el muy insigne Jovellanos al promover la reforma de los espectáculos teatrales. « Creer que los pueblos pueden ser felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las necesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Darles diversiones y prescindir de la influencia que pueden tener en sus ideas y costumbres, seria una indolencia harto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia. » Así al primer golpe de vista ocurre que la intervencion eficaz del Gobierno es el primer requisito para la inmediata restauracion de nuestro nacional Teatro: ¡qué gloria para el Señor Rubí la de coronar su carrera dramática formulando su pensamiento para el logro de tal empresa, y de modo que, apoyado por la Academia Española, lo prohije el Gobierno, y merezca el voto de las Córtes y la sancion de la Corona! Dos ideas apuntaré no más para que el nuevo académico se lance confiadamente á realizar el gran designio; una es suya, y la habeis oido de sus labios, otra acaba de ser emitida en la prensa por un escritor de buen ingenio, vária instruccion y elegante pluma; se reducen á que el Teatro figure como templo, donde sólo al arte se rinda culto, sin ser objeto de granjería para nâdie, al paso que proporcione á cuantos prosperan con su fortuna y se

arruinan con su decaimiento una existencia cómoda y una ancianidad descansada; y á que al Teatro español se le privilegie y subvencione, aunque las reglas de la Economía política se infrinjan todas.

Por fin ceso ya de cansar vuestra atención con mis pobres ideas y la modestia del Sr. Rubí con mis sinceras alabanzas: de vuestra indulgencia por lo que os he fatigado no abrigo la más leve duda; de la del Sr. Rubí por hablar en su elogio siempre desconfiaré con razon fundada; pero me conoce de antiguo, no le puede coger de nuevas que, á pesar de que le amo fraternalmente, áun soy más amigo de la verdad que suyo.

ÍNDICE

DE LOS DISCURSOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE TOMO.

	Páginas.
Discurso del Sr. D. Rafael María Baralt.....	5
Asunto: Juicio critico del marqués de Valdegamas (6).—Fisonomía peculiar de su estilo (8).—Unidad que ilumina y explica sus obras (9).—La política en sus relaciones con la historia y ambas explicadas por el dogma, fueron asunto predilecto del marqués (9).—Exámen del <i>Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo</i> (10).—Combátense las ideas fundamentales de este libro (13).—Su utilidad para las costumbres y las letras como la de todos los escritos que despiertan la inteligencia (15).—Del <i>Ensayo</i> puede decirse que el libro es el hombre (16).—Cualidades especiales del autor (17).—Se le reputa como no inferior á los maestros de la escuela neocatólica francesa (19).—Sus escritos y discursos acreditan tambien sus dotes de poeta (<i>ibid.</i>).—El <i>Ensayo</i> es una inspiracion de conciencia y no un libro de vanidad ni granjeria (22).—Se defiende á su autor de la nota de inconsecuente (<i>ibid.</i>).—El <i>Ensayo</i> no es solamente un libro, sino una buena accion y un rasgo de heroismo (23).—Otras dotes del marqués de Valdegamas (24).—Discurso que pronunció en el Congreso en Enero de 1850 (<i>ibid.</i>).—Resúmen de sus doctrinas (30).—Procedian estas en parte del terror que le infundió la revolucion de 1848 (31).—Estilo de Valdegamas; indole de su oratoria (32).—Sus imitadores (38).—Digresion sobre el culteranismo moderno (39).—Causas de la corrupcion del lenguaje (41).—En literatura, la licencia es perversion (44).—En qué debe consistir la libertad de las formas y la del estilo (45).—Medio de acelerar la regeneracion de nuestras letras (48).—La sociedad que se despoja de las antiguas formas, pierde su fisonomía, renuncia á su carácter, y se priva de la mas sólida garantía de independencía (49).—La tradicion sensata es la que la Academia está encargada de conservar (50).—Trasformacion del marqués de Valdegamas (52).—Ejemplo fué digno de imitarse en la vida y en la muerte (53).	

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco.....	57
Discurso del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.....	79
Asunto: Demostracion de que Francisco de la Torre fué una persona real y verdadera, y aun poeta de muy diferente carácter y estilo que D. Francisco de Quevedo (80).—Cómo se formó la opinion critica de que el primero fué un personaje fantástico forjado por el segundo (81).—Patria y sucesos de la vida del poeta conjeturados por sus propios versos (82—90).—Muere Francisco de la Torre y van sus escritos á poder de D. Juan de Almeida, quien los da á la estampa (90).—Nueva edicion que hace de ellos Quevedo, dando explicaciones y señas de cómo hubo á la mano aquellas trovas (91).—Confundió sin embargo á Francisco con Alfonso de la Torre (92).—Lope canta en el <i>Laurel de Apolo</i> el hallazgo de las poesias de la Torre (93).—Don Luis José Velazquez sale á deshora achacándoselas á Quevedo (94).—Aceptan esta cavilacion Luzán, Montiano y Luyando, y otros españoles y extranjeros (96).—Demostraciones varias de ser éste un error patente (97).—Paralelo entre la Torre y Quevedo (98).—Nuevas pruebas fundadas en documentos (101).—Excúsase la critica de la Torre con haberla hecho ya Quintana (102).—Conclusion (104).	
Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. marqués de Molins.....	107
Discurso del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.....	133
Asunto: Juicio crítico de D. Manuel José Quintana (134).—No se encerrará en el molde de un elogio académico (<i>ibid.</i>).—Breve indicacion de algunas de sus obras (137).—En ellas prepondera siempre la llama del poeta y el impetu del ardiente patricio (139).—El <i>Pelayo</i> (140).—Poesias liricas (141).—Estado de las letras españolas á la aparicion de Quintana (142).—Admiracion excesiva de éste por Melendez (144).—El cual no fué sin embargo su modelo, porque Quintana no recibió sino del fondo de su propia alma sus arrebatadas inspiraciones (145).—Quintana siente y deplora el vacío de las inspiraciones liricas de su época (<i>ibid.</i>).—Su oda á <i>Juan de Padilla</i> (146).—El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazon de Quintana (151).—Una sola vez suena en la poesia lirica de Quintana el nombre de Dios (153).—Del amor santo y místico que hace de una mujer la compañera de nuestra vida, apenas se advierte rastro en las obras poéticas de Quintana (154).—Su musa no tenia acentos para los desvarios místicos ó tiernos del amor (155).—Sus composiciones á <i>Luisa Todi</i> , á <i>Cintia</i> , á la <i>Duquesa de Alba</i> , á <i>Célida</i> (<i>ibid.</i>).—Canto á la <i>Hermosura</i> (156).—Tendencia materialista que prepondera en los cantos de Quintana á la mujer (157).—Compruébase por su composicion incluida en la <i>Corona fúnebre</i> á la Duquesa de Frias (<i>ibid.</i>).—El	

amor á la humanidad es uno de los mas puros y nobles manantiales de la poesia de Quintana (158).—Su oda *A la propagacion de la vacuna en América* (159).—La escrita *A la invencion de la imprenta* (*ibid.*).—La de *El panteon del Escorial* (162).—Monólogo de *Ariadna* (167).—Otras composiciones (169).—Se omite deliberadamente el hablar de la vida de Quintana (173).—No somos todavia posteridad para él, y es de temer la parcialidad de nuestro juicio (174).—Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana (175).

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano..... 179

Discurso del Sr. D. Manuel Cañete..... 197

Asunto: Paralelo de Garcilaso, Fr. Luis de Leon y Rioja (199).—Estado de la civilizacion y de la poesia española cuando apareció el primero (200).—España llega á hacer el primer papel en aquel siglo (201).—Nuestros ingénios imitan á los poetas del siglo de Augusto y á los toscanos (*ibid.*).—Se censura esta falta de originalidad, pero presentándola como disculpa de Garcilaso (203).—Exámen crítico de las obras de éste, de su gusto y estilo (204).—Garcilaso, como casi todos los líricos del renacimiento, no parece español ni cristiano á causa de la mania mitológica (206).—Nueva série de imitadores, más originales y más cristianos: Fr. Luis de Leon (208).—Escribió sus obras poéticas en la mocedad (209).—*La profecia del Tajo*, indicio de que va modificándose el carácter de la inspiracion (209).—Carácter de las obras de Fr. Luis (210).—Empieza la decadencia de España: aparece Rioja (216).—Sus obras: el *Aristarco*, el *Nicandro*, la *Epistola moral* (217).—Causa de la profunda amargura y humor satírico de este poeta (218).—Se cotejan sus ideas y su estilo con los de Garcilaso y Fr. Luis (220).—Conclusion: sólo con el comercio y observacion de la naturaleza, y admirándola como obra de Dios, puede el hombre emularla en acentos poéticos (222).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Antonio María Segovia..... 225

Discurso del Sr. D. Manuel Tamayo y Baus..... 255

Asunto: De la *Verdad*, considerada como fuente de belleza en la literatura dramática (256).—El hallazgo de lo verdadero es el fin más digno á que aspira nuestro entendimiento (*ibid.*).—Las artes, y entre ellas la poesia en todos sus géneros, especialmente en el *dramático*, representan la verdad como una realidad sensible (257).—En esta realidad se comprende lo visible y lo invisible (258).—El arte no copia lo real, sino que inventa lo verosímil (259).—En el personaje dramático aparecen á un tiempo el individuo y el hombre en general (261).—No se embellece la naturaleza humana despojándola de sus flaquezas ni pintando tipos arbitrarios (262).—Importa ante todo

en la literatura dramática proscribir todo linaje de impureza (266).— Debe la forma ser tan verdadera como el fondo (267).—Compruébanse estas reglas con algunos ejemplos (270).—La forma romántica triunfa de la clásica por ser más verdadera (276).—Carácter de nuestro teatro fundado en el siglo XVII (277).—Conclusion: Cuando en el arte aparezcan hermanados lo bello, lo verdadero y lo bueno, será digno empleo del espíritu que nos infundió el Supremo Hacedor (290).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. 293

Discurso del Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau. 307

Asunto: Idea general del origen y de la formacion del castellano (309).—No debe buscarse fuera del latin el origen de los idiomas de la Europa latina (310).—Influencia de los godos y los francos en las lenguas modernas (312).—Vocablos de procedencia germánica (313).—Escasa participacion del árabe: pronunciacion gutural de la *j* y ceceo de la *z* (314).—El armazon del castellano se encuentra en el latin (316).—De él solo nació el *castellano* (317).—¿Es del latin *noble* ó del *plebeyo*? (318).—Yerran los que niegan la necesidad del conocimiento del latin (323).—¿Son el castellano y los demas romances una *corrupcion*, ó una *evolucion* del latin vulgar? (324).—Lucha con el idioma germánico en el siglo V (326).—El romance acabó de desterrar al latin en el siglo X (327).—Se impugna á *Raynouard*: entre los romances no hay filiacion, sino fraternidad (328).—Conclusion (329).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch. 333

Discurso del Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal. 371

Asunto: Observaciones sobre la *Novela* (375).—Su definicion (*ibid.*).—La verisimilitud, primera condicion de la novela (377).—¿Ha de condenarse la novela como género esencialmente pernicioso? (379).—La inundacion de novelas inmorales es causa de semejante error (380).—Se citan las perniciosas máximas y doctrinas de algunas novelas modernas (382).—Estas manchas se deben á la mania de convertir en cátedra el terreno literario (385).—La doctrina moral de la novela debe resultar de la fábula, y no de sermones inoportunos (388).—Resortes principales (*ibid.*).—Novelas históricas (389).—Novelas francesas modernas y sus traducciones (393).—Se impugna la opinion de que el ingenio español no es propio para sobresalir en la novela (394).—Que los asuntos de nuestro teatro son verdaderas novelas (395).—Se citan algunas de las antiguas para probar que las hubo anteriores á Cervantes (396).—El Quijote (399).—Novelas españolas modernas (400).—Conclusion: La Academia debe fomentar el cultivo de este género de literatura (402).

INDICE.

459

Páginas.

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. Duque de Rivas.....	405
Discurso del Ilmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.....	417
Asunto: Excelencia, importancia y estado presente del teatro (421).—Esta institucion no es de naturaleza mortal (<i>ibid.</i>).—Su importancia, deducida de su origen y de su duracion (423).—Recursos del teatro en el órden moral y en el económico (425).—Si es ó no el teatro escuela, ó como sienten otros, <i>reflejo</i> de las costumbres (427).—Situacion en que yace hoy en España (433).—Causas de su abatimiento (436).—Legislacion teatral (438).—Conclusion: La Academia deberia iniciar la regeneracion del teatro nacional (441).	
Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio.....	447

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26; en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, y en la librería de Gonzalez, calle del Principe, núm. 12.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel. Rs. vn.
	15	
	4	
	2	
88		76
	3	
	40	
	20	
32		
80	50	
30	25	
16		
	20	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando una vez 200 ó más ejemplares.

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26; en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, y en la librería de González, calle del Príncipe, núm. 12.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
En pasta. Rs. vs.	En rústica. Rs. vs.	En papel. Rs. vs.
	12
	4
	2
70	
	3
	10
	20
	
	32
	50
	25
	
	16
	
	50

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. A los que compran de 12 a 50 ejemplares del Diccionario de la Gramática y del Comercio y Riforma de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante. Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los ejemplares de la Gramática cuando una vez 200 ó más ejemplares.